

## CAPITULO XLIII.

## El géneo de la guerra.

**R**UNIDOS de madrugada en la estancia de Hernan Cortés todos los capitanes y algunos de los soldados que se habian distinguido por su valor y su inteligencia, expuso Cortés á su consideracion las circunstancias en que se hallaban, y les pidió su parecer en situacion tan crítica.

A decir la verdad, consideraron todos como un contratiempo. aquellas nuevas, porque el buen trato que les daban los mexicanos por una parte, por otra las sorpresas y las maravillas que encontraban en aquel imperio halagaban su vista y su imaginacion, y por otra la facilidad que habian encontrado para satisfacer todas sus pasiones, contribuian á hacerles agradable aquella vida.

Y es natural que esto sucediese.

Se habian figurado encontrar inmensos obstáculos que vencer.

Habian creido hallar enemigos formidables, y al llegar al fin de su camino encontraban amigos y admiradores; encontraban una ciudad magnífica, suficiente para satisfacer su curiosidad durante algunos dias, y con todos los elementos para recrear su animo durante los ócios que les dejaba la guerra.

Bien conocian que aquella situacion no podia durar mucho tiempo.

Tarde ó temprano tendrian que tomar resoluciones definiti-

vas, y ante aquellas resoluciones era seguro que los mexicanos, acordándose de su independecia, sintiendo despertarse en su alma la energía y el valor que hasta entónces les habia conquistado la obediencia de todos los que habitaban en aquel país, tornasen su bondad en hostilidad, y obligasen á los españoles á hacer armas contra ellos.

Pero miétras esto sucedia, los que tantos trabajos habian pasado en aquella peregrinacion descansaban con gusto y se entregaban satisfechos á la dulzura de la molicie.

Llegó, pues, para ellos más pronto de lo que deseaban el momento de tomar una resolucion.

Los soldados mexicanos habian luchado con los soldados españoles.

Juan de Escalante habia sido herido.

Algunos otros soldados habian muerto en la refriega.

Hasta entónces no habian dejado sin castigo ninguno de los atentados cometidos contra ellos.

No era posible aparentar ignorancia sobre aquel suceso, y si se mostraban débiles, se perdía en un instante la obra de tanto tiempo.

—Ya veis, amigos míos, les dijo Hernan Cortés, que la situacion en que nos encontramos es muy crítica.

La fortuna nos ha sonreido hasta ahora, y confio en que nos sonreirá siempre, porque nuestro valor le excitará á ayudarnos.

No hemos venido aquí á admirar este pueblo ni á disfrutar de las comodidades que ofrece.

Nuestra mision es más alta.

Hemos venido á conquistarlo; estoy seguro que os anima el mismo entusiasmo, que sentís en vuestra alma la misma fe, que experimentais el mismo deseo que yo, de perecer aquí si no volveis al lado de vuestros hermanos con los laureles de la victoria.

—No lo dudeis, Hernan Cortés, dijo Velazquez de Leon.

—En ese caso, justo es que, como siempre he hecho hasta ahora, oiga vuestro consejo.

El emperador sabe lo que ha pasado en Veracruz.

No es eso solo.

El hijo del capitán de sus tropas en aquel departamento, le ha traído como presente la cabeza de nuestro amigo, de nuestro compañero Juan de Argüello.

El emperador la oculta á vuestros ojos y á los de sus vasallos.

No hay duda en que este suceso ha debido hacernos perder mucho en su consideración.

Nos ha creído inmortales, porque hemos tenido la suerte de escaparnos de sus flechas; pero ahora tienen la evidencia de que morimos como ellos.

¿No creéis que esto podrá envalentonarlos, y que si llega el caso de luchar, emplearán toda su fuerza contra nosotros?

Si esto sucede, ¿qué debemos hacer?

Hable vuestro corazón y vuestra inteligencia.

Bernardino de Soria, que asistía al consejo, y que como recordarán nuestros lectores, no había seguido de grado á Hernán Cortés, no las tenía todas consigo, y exclamó:

—Por mi parte, permitidme que me atreva á emitir una opinión, que no hallará eco en vosotros, porque sois valientes; pero que es la expresión de la prudencia.

—Hablad, hablad, dijeron todos.

—Pues por mi parte opino, que pretextando haber desempeñado ya nuestra misión cerca de Moctezuma, debemos pedirle licencia para volvernos por donde hemos venido.

—Bien habeis dicho, exclamó Hernán Cortés, que no habla el valor en vos, sino la prudencia. No me parece esa determinación la más acertada.

—Pues yo creo, dijo Orgaz, que convendría castigar á los

que nos han ofendido en el mismo paraje en donde han consumado la ofensa, y para esto deberíamos volver á Veracruz.

Allí, con el auxilio de los zempoales y de las demás tribus amigas nuestras, no tardaríamos en destruir á los mexicanos rebeldes, y obtenido este nuevo triunfo podríamos volver.

—Mejor sería, añadió Gonzalo de Sandoval, desentendernos por completo de este suceso, y continuar como hasta ahora cerca del emperador, hasta hallar una ocasión oportuna, y de este modo nos sería más fácil castigar al culpable.

Estas opiniones hallaron partidarios entre todos los circunstantes.

La cuestión empezaba á asemejarse al caos.

—No estoy conforme con vuestras opiniones, dijo Hernán Cortés. Si nos alejáramos de aquí después de haber vencido la voluntad de Moctezuma, opuesta desde el principio á nuestra venida, perderíamos el prestigio que hemos alcanzado.

De marcharnos, podríamos hacerlo con su venia ó sin ella.

Estas enérgicas palabras fueron aprobadas.

—Teneis razón, dijeron todos.

—La opinión de Velazquez de León tampoco me parece prudente.

Volver á Veracruz sin haber realizado nuestros deseos, equivaldría á una retirada: Moctezuma y sus generales lo comprenderían así inmediatamente, y es muy posible que nos cortasen el camino y nos derrotasen.

Pensar en volver después de habernos retirado, sería un sueño

No; Moctezuma defendería el camino; y entonces, ¿de qué nos servirían los triunfos que hemos hecho, los peligros que hemos arrojado?

¿Tendríamos valor para volver á Santiago de Cuba y decir á nuestros amigos: «Hemos estado en México, hemos alcanzado la amistad del emperador, hemos sido considerados como semidioses por aquellos hombres, y sin embargo, nos hemos re-

tirado sin otro beneficio que traer á cambio de unas cuantas bagatelas otras pocas alhajas?"

No, amigos míos; eso no hará nunca Hernan Cortés, y no creo que ninguno de vosotros se crea con ánimo de arrostrar esa vergüenza.

—¡Bravo! Bien! exclamaron los capitanes. Habeis interpretado bien nuestros sentimientos. No; no debemos partir de aquí.

—Por otra parte, añadió Hernan Cortés, simular á los ojos de Moctezuma que ignoramos la desventura de nuestros hermanos; fingirnos amigos suyos cuando arde en nuestro pecho el deseo de venganza, porque sus miserables soldados han derramado la sangre de nuestros amigos, ¿no es imponernos un doloroso sacrificio?

Si me quereis creer, y si aún tenéis fe en mí, si estais resueltos como desde el primer instante á conquistar esta tierra ó á perecer en ella, es necesario buscar algún medio, hallar algún recurso que nos haga recuperar el prestigio que sin duda alguna hemos perdido desde el momento en que Moctezuma tiene en su poder la cabeza de uno de nuestros hermanos.

Y si quereis que yo os indique ese medio, si quereis que yo os señale ese recurso, pronto estoy á ello.

—Sí, sí, gritaron todos.

—Pues bien, amigos míos; es necesario hacer á Moctezuma nuestro prisionero.

Un grito de asombro resonó en la estancia.

—¿Qué es lo que intentais?

Lo que os he dicho.

—¡Prender á Moctezuma! ¿Y de qué modo?

—Con un golpe de audacia.

—La idea es excelente, dijo Pedro de Alvarado; pero ¿será posible realizarla?

Hernan Cortés dejó dibujar en sus labios una imperceptible sonrisa.

Cuando nos embarcamos en Santiago de Cuba, dijo, creiais era imposible que llegásemos á las costas del Yucatan.

Despues creiais imposible que pudiéramos penetrar en estas tierras, erizadas de enemigos.

Despues de haberlo conseguido, cuando salió á nuestro encuentro en Tabasco un ejército, creiais imposible derrotarle.

Despues de derrotarle, no podiais imaginar que fuera posible nuestra alianza con los zempoales, totonaques y los habitantes de la serranía; más tarde os figurásteis que seria imposible penetrar en Tlaxcala.

Cuando llegamos á Cholula creiais muchos de vosotros que allí sucumbiríamos víctimas de la traicion.

No faltó tampoco quien, á pesar de los favores que habiamos recibido de la Providencia, dudase que podríamos llegar á México, y sin embargo, el mar nos respetó, las riberas del Yucatan cayeron bajo el peso de nuestra dominacion, los habitantes de Tabasco fueron nuestros esclavos, despues de haber sido nuestras víctimas; pactamos alianza con los zempoales, triunfamos de los tlaxcaltecas, y nos hicimos sus amigos; desbaratamos la horrible conjuracion tramada contra nosotros en Cholula, y llegamos triunfantes á México, venciendo al soberano cuya voluntad parecia inquebrantable.

¿Creeis por ventura, despues de recordaros todas estas hazañas que hemos llevado á cabo, creeis, repito, que no será posible convertir en nuestro prisionero al emperador?

—No, no, gritaron todos, poseidos del más vivo entusiasmo al recordar las brillantes etapas de su portentoso viaje.

—Si estais dispuestos á ayudarme en esta empresa, repuso Hernan Cortés, nada más fácil que su realizacion. Los mexicanos nos han ofendido.

Necesitamos una reparacion, y para creer en su lealtad, para estar seguros de que no nos tienden un nuevo lazo como en Cholula, para convencernos de que comprenden la superioridad

que sobre ellos tenemos, nada más natural que apoderarnos de su monarca.

—Pero ¿y si esta determinacion subleva á todos sus vasallos?

—¿Y si para rescatarle de nuestro poder llega el momento de la lucha?

—Si eso sucede, habremos adelantado los sucesos.

—¿Por ventura no hemos venido á conquistar á México? ¿No hemos resuelto morir si no lo conquistamos?

—Pues que cuanto ántes se resuelva el problema.

Las palabras de Hernan Cortés fueron saludadas con entusiastas aclamaciones, y todos convinieron llevar aquel mismo dia á cabo la determinacion.

Un suceso inesperado vino, sin embargo, á aplazarla.

## CAPITULO XLIV.

### Ceremonias.



ARINA se presentó en la estancia en donde estaban conversando con Hernan Cortés los capitanes, y anunció que acababa de enviar Moctezuma un mensaje, invitando á los españoles para que asistieran aquel dia á la boda de la hija de uno de los magnates más principales de palacio con uno de los generales de su ejército.

Todo estaba preparado para que la ceremonia se celebrase con la mayor solemnidad, y no podian los españoles en aquel dia llevar á cabo la resolucion que habian tomado.

Convinieron en aplazarla, presentándose á Moctezuma como ignorantes todavía del suceso que habia tenido lugar en Veracruz; y para justificar al dia siguiente la medida violenta que iban á llevar á cabo, convinieron en avisar á los zempoales para que seis de ellos entrasen ostensiblemente aquella noche en la ciudad y se dirigieron á la morada de los españoles.

Convencidos en esto se aprestaron á asistir á aquella ceremonia, cuyos episodios, completamente nuevos, debian ofrecerles un rasgo más de las costumbres de aquel país.

Para dar una idea de la ceremonia, y al mismo tiempo de algunas otras dignas de que lleguen á conocimiento de nuestros lectores, creemos oportuno, puesto que el episodio del casamiento á que invitó Moctezuma á los españoles no interesa á la historia que vamos narrando, reproducir las indicaciones que hace

en su precioso libro el más notable de los historiadores de la conquista.

Las matrimonios entre los mexicanos constituían una forma de contrato y una ceremonia religiosa.

Hechos los tratados, comparecían ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la mujer y con otra el manto del marido, y los anudaba por los extremos, significando el vínculo interior de las dos voluntades.

Con este género de yugo nupcial volvían á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde, imitando la superstición de los dioses Lares, entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él, siguiendo al sacerdote, con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio.

Hacíase memoria con instrumento público de los bienes dotales que llevaba la mujer, y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse; lo cual sucedía muchas veces, y le tenía por bastante causa para el divorcio que se conformasen los dos, pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocían.

Quedábase con las hijas de la mujer, llevándose los hijos el marido, y una vez disuelto el matrimonio, tenían pena de la vida irremisible si se volvían á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de reincidencia.

Celaban como punto de hora la honestidad y el recato de las mujeres propias, y entre aquella desordenada licencia con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecía y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad, como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recién na-

cidos, y los sacerdotes los recibían con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacían.

Aplicábanles si eran nobles á la mano derecha una espada y al brazo izquierdo un escudo que tenía para este ministerio.

Si eran plebeyos, hacían la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos, y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el huso, manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino.

Hecha esta primera ceremonia, los llevaban cerca del altar, y con espigas de magüey ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generación, y despues les echaban el agua ó los bañaban con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncisión, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias y hasta los mismos sacramentos de la religion católica, pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesión de los pecados, dándoles á entender que se ponían con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunión ridícula que suministraban los sacerdotes ciertos días del año, repartiéndolos en pequeños bocados un ídolo de harina amasada con miel, que llamaban dios de la existencia.

Ordenó también sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los mismos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitación, fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demás ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razón y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras, que parecían incompatibles con las demás atenciones que se han notado en su gobierno, si no estuvieran llenas

las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones que vivían más dentro del mundo, igualmente ciegas en menor oscuridad.

Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría, y siglos ántes los introdujo el demonio entre aquellas gentes, de quien vino hasta los israelitas el sacrificar sus hijos à las esculturas de Canaan.

El horror de comerse los hombres à los hombres, se vió primero en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesan, entre sus antigüedades, la Galacia, y en sus antropófagos la Sciti.

Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discuir y obrar con acierto en lo moral y político.

Grecia y Roma desatinaron en la Religion, y en lo demas dieron leyes al mundo y ejemplos à la posteridad, de que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noticias que recibe de los sentidos y de las experiencias, cuando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad.

A la ceremonia del casamiento asistieron los españoles, y al concluirse quiso Moctezuma que Hernan Cortés le acompañase à su palacio.

—Es imposible, contestó el jefe de los españoles. Signos misteriosos, que solo nosotros conocemos, me anuncian que he de recibir muy en breve noticias importantes de los españoles que he dejado en Zempoala, y no quiero faltar cuando lleguen los emisarios à comunicàrmelas.

Estas palabras hicieron palidecer à Moctezuma.

Hernan Cortés preparó el terreno para el dia siguiente.

Por la noche llegaron los zempoales, como habia ordenado, y cuando Moctezuma lo supo se estremeció.

Temeroso de que pudiera descubrirse la cabeza de Argüello, le enterró con sus propias manos en los jardines próximos à su estancia, y dió orden à Zimpazin para que se alejase inmediatamente de México y volviese à Zempoala.

Las órdenes que llevaba eran no hostilizar à los españoles, y por el contrario, mostrarse arrepentido de los sucesos que habian tenido lugar.

Moctezuma pasó la noche sin poder cerar los ojos.

El infeliz presentia la suerte que le aguardaba.